SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en los Hechos de los Apóstoles (5)

9 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar sobre el último episodio de la vida de san Pedro narrado en los Hechos de los Apóstoles: su encarcelamiento por orden de Herodes Agripa y su liberación por la intervención prodigiosa del ángel del Señor, en la víspera de su proceso en Jerusalén (cf. Hch 12,1-17).

El relato está marcado, una vez más, por la oración de la Iglesia. De hecho, san Lucas escribe: «*Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él*» (Hch 12,5). Y, después de salir milagrosamente de la cárcel, con ocasión de su visita a la casa de María, la madre de Juan, llamado Marcos, se afirma que «*había muchos reunidos en oración*» (Hch 12,12). Entre estas dos importantes anotaciones que explican la actitud de la comunidad cristiana frente al peligro y a la persecución, se narra la detención y la liberación de Pedro, que comprende toda la noche. La fuerza de la oración incesante de la Iglesia se eleva a Dios, y el Señor escucha y realiza una liberación inimaginable e inesperada, enviando a su ángel.

El relato alude a los grandes elementos de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, la Pascua

la segunda guardia, hasta el portón de hierro que daba a la ciudad, el cual se abre solo ante ellos (cf. Hch 12,10). Pedro y el ángel del Señor avanzan juntos un tramo del camino hasta que, vuelto en sí, el Apóstol se da cuenta de que el Señor lo ha liberado realmente y, después de reflexionar, se dirige a la casa de María, la madre de Marcos, donde muchos de los discípulos se hallan reunidos en oración; una vez más, la respuesta de la comunidad a la dificultad y al peligro es ponerse en manos de Dios, intensificar la relación con Él.

Aquí me parece útil recordar otra situación nada fácil que vivió la comunidad cristiana de los orígenes. Nos habla de ella Santiago en su Carta. Es una comunidad en crisis, en dificultad, no tanto por las persecuciones, cuanto porque en su seno existen celos y disputas (cf. St 3,14-16). Y el Apóstol se pregunta el porqué de esta situación. Encuentra dos motivos principales: el primero es el dejarse dominar por las pasiones, por la dictadura de los deseos de placer, del egoísmo (cf. St 4,1-2a); el segundo es la falta de oración —«*no pedís*» (St 4,2b)— o la presencia de una oración que no se puede definir como tal —«*pedís y no recibís, porque pedís mal, con la intención de satisfacer vuestras pasiones*» (St 4,3)—. Esta situación cambiaría, según Santiago, si la comunidad unida hablara con Dios, si orara realmente de modo asiduo y unánime. Incluso hablar sobre Dios, de hecho, corre el riesgo de perder su fuerza interior, y el testimonio se desvirtúa, si no están animados, sostenidos y acompañados por la oración, por la continuidad de un diálogo vivo con el Señor. Una advertencia importante también para nosotros y para nuestras comunidades, sea para las pequeñas, como la familia, sea para las más grandes, como la parroquia, la diócesis o la Iglesia entera. Y me hace pensar que oraban en esta comunidad de Santiago, pero oraban mal, solo por sus propias pasiones. Debemos aprender siempre de nuevo a orar bien, orar realmente, orientarnos hacia Dios y no hacia el bien propio.

La comunidad que acompaña a Pedro mientras se halla en la cárcel, en cambio, es una comunidad que ora verdaderamente, durante toda la noche, unida. Y es una alegría incontenible la que invade el corazón de todos cuando el Apóstol llama inesperadamente a la puerta. Son la alegría y el asombro ante la acción de Dios que escucha. Así, la Iglesia eleva su oración por Pedro; y a la Iglesia vuelve él para narrar «*cómo el Señor lo sacó de la cárcel*» (Hch 12,17). En aquella Iglesia en la que está puesto como roca (cf. Mt 16,18), Pedro narra su "Pascua" de liberación: experimenta que en seguir a Jesús